

En el país de Habichuela

por Miguel Aguerralde para el Día de la Infancia. 23 de noviembre de 2013.

Te voy a contar una historia que sucedió en un lugar lejano que visité una vez. Un lugar tan lejano que, si te digo la verdad, ya no sabría volver. Resulta que mientras estuve allí pasé largos ratos en su biblioteca, casi un palacio en sí misma y plagada de libros, y tuve ocasión de conocer la leyenda de cómo el granjero Eduardo, un tipo humilde a la vez que muy feo, se convirtió en héroe y llegó a ser un rey bondadoso y querido, aunque sí, también es cierto, especialmente feo.

En aquellos tiempos casi olvidados vivía en el país de Habichuela —llamado así, obviamente, por la forma que tenía— un brujo de tres al cuarto de nombre Ramón que tenía dos hijos a cuál más contrahecho y desagradable a la vista. El mayor de ellos, Renato, era el favorito de su padre y se consideraba un galán y un gran cantante de canción melódica. Sólo tenía dos problemas para cumplir sus sueños: que era feo como un tuno seco y que tenía una voz de pato clueco que espantaba hasta a las moscas. Para colmo, los pies le apestaban a queso pastoso que echaban para atrás.

El segundo hijo del brujo Ramón es, a su vez, el protagonista de nuestra historia. Eduardo, que así se llamaba, era algo más bajo y rechoncho que su hermano Renato, y si bien no olía tan mal, sí que tenía un pésimo talento para contar chistes. No tenía ninguna gracia y contaba los peores chistes que puedas imaginar, créeme.

Pues quiso la suerte que Ramón, que además de un brujo regular era un tipo ambicioso y con ansias de grandeza, escuchara un día en el súper que la Reina Margarita y su marido, el Rey José Luis, convocaban un concurso de belleza para encontrarle un marido a su única hija, la princesa Enriqueta. Se contaba que la joven, que era hermosa pero sin pasarse y sin duda muy orgullosa, no soportaba la idea de que sus amigas, las princesas de otros reinos, tuvieran un esposo más apuesto que el de ella. *El interior y todo eso está muy bien, decía, pero yo me pido un yogurazo o si no prefiero seguir soltera.*

El caso es que al escuchar Ramón esta oportunidad para colocar a uno de sus hijos y salir de pobre, corrió de regreso a casa y rebuscó entre sus papeles y en lo más hondo de sus baúles hasta encontrar un viejo libro de hechizos, regalo de su abuelo, el famosísimo Mago Remigio, y en el que no confiaba demasiado. Sabía, y no tardó en dar con él, que en sus páginas, escritas por el abuelo tras una noche de fiesta, figuraba el ambicionado hechizo para convertir a aquel que lo recibiera en el más apuesto Don Juan. Claro, que viniendo del abuelo Remigio también podía convertirlo en un ratón de orejas gigantescas. Así que, aunque el riesgo era alto no se lo pensó, reunió a sus dos hijos en el salón y les contó su magnífico plan.

—Voy a convertir a uno de vosotros en un príncipe tan guapo que ni Brad Pitt, para que vayáis al castillo de Habichuela a enamorar a la princesa.

Los dos hermanos se miraron dudando mucho de que ese plan tuviera nada de magnífico, y fue Eduardo el primero en tomar la palabra.

— ¿Me convertirás en un príncipe, padre? —preguntó con estrellitas en los ojos— ¿Me convertirás en guapo?

— ¿A ti? —respondió el brujo— No, Eduardo, contigo no me valdría un hechizo, necesitaría un milagro. No, es a Renato al único al que más o menos podré hacer un apaño. Anda que vaya par.

Y señalando a su hijo mayor le indicó que se acercara a él. Le desvistió de arriba abajo y le derramó por encima la poción que había preparado. Al instante una nube verdosa envolvió a Renato, una mezcla de calor y frío, de dolor y de cosquillas. Y cuando el humo se desvaneció, en el lugar del feo campesino se encontraba un tipo apuesto, alto y de perfecto cabello del color del maíz. Eso sí, los pinreles le apestaban cosa fina.

—Vaya, Renato, has quedado muy bien —le dijo su padre—, pero tus pies *jumean* como anchoas en escabeche. Será mejor que por nada del mundo te quites los botines en presencia de la princesa.

Y así se hizo. A la mañana siguiente Eduardo y Renato partieron hacia Habichuela con la ilusión de que su vida cambiara. Mucho antes de llegar ya escuchaban las trompetas desde el patio del castillo, el concurso de belleza empezaba, y una vez estuvieron ante la princesa los dos hermanos experimentaron a la vez en escalofrío del amor. Porque la princesa era monilla sin tampoco tirar petardos, pero desde luego tenía mucho encanto.

—Ojalá mi padre hubiera aplicado su hechizo en mí —se dijo el triste Eduardo—. Porque con esta facha la princesa nunca me haría caso.

La competición comenzó. Poco a poco la guapura de Renato fue apartándole a todos sus rivales, ninguno tenía nada que hacer ante él. Se plantó sin despeinarse en la final y la princesa Enriqueta no tuvo ninguna duda al elegir.

—Ay, por Dios —le dijo, con sofoco—, es que estás para comerte, yogurazo.

Y con esa afirmación se dio por concluido el concurso de belleza.

— ¡Un momento! —exclamó entonces Eduardo— No te quedes con mi hermano, es un farsante. Su apariencia de Brad Pitt sólo es una fachada, en realidad es tan feucho o más que yo. ¡Cásate pues conmigo!

La princesa Enriqueta abrió mucho los ojos y se echó a reír. Con ella estallaron en carcajadas todos los miembros de su corte y también el público asistente. Se reían de la barriga caída y de los ojos saltones de Eduardo, de su nariz torcida y de sus dientes separados.

—Pero qué dices hombre... —replicó la joven— Cómo voy a elegirte a ti, si eres rechoncho, bajito y medio calvo, mis amigas princesas se burlarían de mí por el resto de sus vidas. Olvidalo, adefesio.

La manera de mofarse Enriqueta del desgraciado avivó las risas de los que les rodeaban, lo que hizo que Eduardo se sintiera realmente mal. Su hermano entonces le señaló con el dedo.

— ¿Cómo te atreves, plebeyo, a insultarme así? Ahora soy príncipe, ¡tu príncipe! Y me debes un respeto.

—Pero si... —replicó Eduardo.

— ¡Nada de peros! —exclamó Renato— Por tu traición serás desterrado del país de Habichuela. ¡Recoge tus cosas y márchate para siempre!

El bueno de Eduardo sabía que toda esa tontería del destierro no era más que una estratagema de su hermano para que no contara a nadie su secreto y le chafase el *bisnazo* que acaba de pillar, así que intentó rebelarse y protestar. Pero entonces Renato ordenó a la guardia que le apresaran, le encerraran en un saco de papas y le lanzasen al mar. Y como los guardias de palacio están ahí para obedecer al rey y a los príncipes, así lo hicieron.

Pero ya te conté que nuestro amigo Eduardo es el protagonista del cuento, así que no íbamos a perderlo de vista tan pronto. El saco de papas fue arrojado al mar, sí, pero antes de hundirse hasta el fondo fue engullido por una ballena perezosa que pasaba por ahí. Cuando Eduardo, que aunque feo y contrahecho era también bastante fuerte, consiguió romper el nudo y salir del saco, se encontró en el interior de la barriga del cetáceo, más solito que la

una y sin nada más que hacer que esperar y alimentarse de los pescados que la ballena tragaba como te comes tú los caramelos de colores, sin masticar.

Mientras tanto, la boda real no tardó en celebrarse. Se hizo venir a reyes y princesas de todas partes, y hasta la última de ellas quedó maravillada con el tipazo y el mentón del nuevo marido de Enriqueta. La ceremonia fue una fiesta de principio a fin y la princesa de Habichuela no podía sentirse más orgullosa. Sin embargo, por la noche, a la hora de dormir, con el empacho de todo lo comido y de todo lo bebido, al recién nombrado príncipe Renato se le olvidó que no podía quitarse los zapatos, y cuando aquellos dedazos sudorosos y peludos desplegaron todo su aroma, la princesa creyó que iba a darle algo.

— ¡Pero qué es esto, por Dios, qué asco! —exclamó, tapándose la nariz con las manos, con la manga y hasta con la almohada.

—Uy, perdón, cariño —repuso Renato lamentando el descuido—. Son mis pies, no pasa nada.

— ¿Cómo que no pasa nada? ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Necesito aire!

Renato empezaba a sentirse ofendido, la princesa estaba roja como un tomate, le faltaba poco para volverse morada.

—Pero no te pongas así, mujer, qué exagerada.

— ¡Exagerada, no! ¡Quiero el divorcio! ¡Por Dios abre una ventana!

— ¿Divorcio? —exclamó Renato— Oh, no, eso sí que no, que acabamos de casarnos. Si te divorcias me quedaré sin *bisnazo*, sin pastel y sin jubilación dorada. Vas a ver cómo lo arreglo.

Y sin decir nada más el príncipe apestoso amordazó a su mujer, la ató de pies y manos, contó a los Reyes y a sus súbditos que había caído indispuesta —lo cuál no era del todo falso— y la encerró en una torre muy alta que utilizaban como desván para guardar las bicicletas, el fútbol y la ropa de abrigo.

Pasaron las semanas en el interior de la ballena. Eduardo empezaba a estar muy harto de comer tanto pescado, y es que además, a cada poco el gigantesco animal engullía una cantidad enorme de agua con un montón de tropezones, desde bolsas de plástico y latas de *Cocacola* —que nunca traían su nombre—, hasta neumáticos viejos y un montón de asquerosas colillas. Un día, imagínate, tan bruta fue la ballena, que se tragó una colchoneta hinchable, una pelota de playa y hasta una moto de agua.

A Eduardo entonces se le encendió una luz. No podía hacer mucho con la colchoneta y la pelota, pero puso en marcha la moto acuática, se armó de valor, y en el siguiente bostezo de la ballena aceleró al máximo para salir despedido por la abertura de su boca. Navegó a todo trapo henchido de alegría y ansioso de aventuras, hasta que casi se comió un cocotero en la playa más cercana. Dejó tirada la moto y se internó en la jungla en busca de ayuda, y en lugar de un guardia de tráfico o una señorita de información turística se tropezó con una mujer muy anciana y antipática, con un solo ojo y más dientes en la mandíbula de abajo que en la de arriba y cuyo pelo blanco parecía el de un león despeinado.

— ¡Caray, qué miedo! —exclamó Eduardo.

—Anda, y luego me dirán a mí antipática.

—Uy, perdón, lo siento mucho, es que llevo bastante tiempo encerrado en una ballena y he perdido el toque con la gente.

—No te preocupes, estoy acostumbrada, por algo me llaman Ogra.

— ¿Eres tú la famosa Ogra, de la que se dice que lo sabe todo?

—Sí, claro, yo lo sé todo.

Eduardo asintió con una sonrisa.

—Pues yo necesito saber dónde estoy y cómo regresar a Habichuela.

—Ya lo sabía.

Eduardo arqueó las cejas.

—Pues dímelo, cómo puedo llegar.

Ogra suspiró como si no tuviera muchas ganas de hablar.

—En fin. Las cosas se han puesto feas en Habichuela, yo que tú ni me molestaba en ir para allá.

— ¿Feas? —preguntó nuestro héroe, preocupado— ¿Qué ha sucedido?

—Pues que al nuevo príncipe se le ha ido la olla y está gobernando como si fuera un tirano.

— ¿Al nuevo príncipe? Ay, Dios. ¿Y los Reyes, y la princesa?

—Pues los reyes son mayores y creo yo que por no discutir con él le dejan que haga lo que quiera. Ha subido los impuestos, el precio de la gasolina y hasta el de las entradas del fútbol, que es lo que peor lleva la gente. De la princesa no se sabe nada casi desde el día de su boda.

— ¿Y dónde está?

Ogra encogió los hombros.

—Ya te digo que no se sabe.

— ¿Pero no alardeas de que tú lo sabes todo? ¿Cómo que no sabes dónde está la princesa?

La anciana miró para otro lado, altiva.

—Bueno, es que tampoco me he puesto a pensar mucho en ello.

Eduardo resopló.

—Vale y cómo vuelvo.

—Yo hablaría con el egipcio —le contestó Ogra—. Vive en una cueva al otro lado de la jungla y tiene trastos para todo.

—Muy bien, hablaré con él.

Eduardo se despidió de la anciana adivina y cruzó la selva hasta encontrar una cueva enorme adornada con la imitación de una de las esfinges de Egipto pero construida con placas de metal y latón. Desde su interior llegaba ruido de martillazos, alguien estaba trabajando.

La cueva estaba iluminada por una pareja de focos de gran potencia, y en el centro había una enorme mesa de trabajo sobre la que un tipo delgado vestido con lo que parecían vendas golpeaba sobre un yunque unas piezas de hierro. A su lado tenía un maniquí como los del Zara donde iba colocando esas piezas de metal como si fuera un vestido.

—Usted debe ser el egipcio, claro —saludó Eduardo. El señor, vendado de pies a cabeza como las viejas momias, apenas levantó una ceja.

—No me moleste —le contestó—, que estoy a punto de conseguirlo.

Eduardo se fijó en las piezas que había ido colocando sobre el maniquí. Eran rojas y amarillas, una parecía un casco y otras guantes y botas de hierro.

— ¿El qué? ¿Se está haciendo un traje? —preguntó Eduardo.

El tipo se enfadó.

—Un traje no, cabezón. ¡He construido una armadura! Repele las balas y hasta esconde cohetes en las mangas. ¡Incluso puede volar! Y esta es la última pieza.

El egipcio se giró hacia el maniquí y le colocó en el pecho una especie de bombilla. La armadura se encendió.

— ¿Y para qué la quiere?

— ¿Para qué? Llevo dos mil años aburriéndome en esta cueva. Primero aprendí a hacer figuritas de metal, bicicletas y esas cosas para vender a los turistas, pero ahora por fin he construido algo con lo que podré salir de aquí volando y llegar a donde quiera... ¡Oiga, qué hace!

Antes de que el egipcio terminara de hablar Eduardo había agarrado el maniquí con la armadura y echaba a correr fuera de la cueva.

— ¡Le prometo que se la devolveré!

El egipcio corría mucho más lento —imagínate, si tenía dos mil años— así que a Eduardo le dio tiempo de ponerse la armadura y echar un vistazo por encima al manual de instrucciones, accionó las teclitas necesarias y ¡fuera! Salió volando en dirección a Habichuela dejando en el aire una estela bicolor. Cuando su hermano le vio llegar desde la torre del castillo no daba crédito a sus ojos.

— ¡Ríndete, Renato! Y libera a la princesa —le gritó Eduardo flotando en el aire sobre su cabeza— Que tú serás príncipe pero yo tengo una armadura que dispara cohetes, aunque todavía no sé cómo...

—Mi hermano es *Iron Man*... —pensó Renato en primer lugar. Después, cuando Eduardo acertó a encender los disparadores de sus puños, le hizo mucha menos gracia.

— ¡No pienso darte a la princesa! ¡Cabezón! ¡Feucho! —le gritó a su hermano.

— ¡Insúltame cuanto quieras! —le respondió él— Pero este casco tiene visión de rayos equis y acabo de encontrar a Enriqueta encerrada en el desván de la torre.

Eduardo voló con su armadura y usó su superfuerza para destrozar la pared del torreón. Apartó un par de somieres y un colchón hinchable y salvó a la princesa de su cautiverio. Cuando la posó con delicadeza en el suelo y la liberó de sus ataduras lo primero que hizo ella fue cruzar el patio y arrearle un bofetón a Renato que casi le salta los dientes.

— ¿Pero qué te has creído, melón? ¿Que puedes atarme y encerrarme cuando te venga en gana? ¿Tú quién te crees que eres, apestoso? Tan guapo, tan guapo... ¡tontaina!

Tal fue la bronca que le cayó de la princesa que Renato no pudo contener las lágrimas, y tanto lloró y lloró que el hechizo que le hacía parecerse a Brad Pitt se desvaneció volviendo a mostrar su verdadera imagen. Un murmullo de asombro recorrió el patio del castillo, donde ya se arremolinaba gran parte de la corte.

—Caramba, si es más feo que Picio —murmuró el rey José Luis.

Eduardo se quitó el casco de hierro.

—Se parece a mí, pues somos hermanos —explicó—. Lo que sucede es que nuestro padre, el brujo Ramón, le hechizó para que se pareciera a un galán de Hollywood.

La princesa se acercó a él y le acarició la cara.

—Sin embargo tú tienes un corazón noble y no has intentado engañarme.

—Quise avisarte pero... —añadió Eduardo, colorado como un tomate.

—Perdóname por no escucharte, por haberte insultado y por haberte despreciado por feo.

—La verdad es que me molestó... Pero en fin, estoy acostumbrado.

—No se hable más —le interrumpió Enriqueta—. Me casaré contigo. Porque aunque feo hasta el dolor eres bueno y educado, y tienes una armadura que vuela.

—Bueno, tengo que devolverla...

—Ya hablaremos de eso... Pero, ¿a ti no te olerán los pies como a tu hermano?

— No, no, por supuesto que no. Pero cuento unos chistes horribles...

—No te preocupes, yo me río por cualquier cosa.

Y de esta manera la nueva pareja selló con un beso su amor y en adelante todo fue felicidad en un reino, el de Habichuela, gobernado por un príncipe noble y bueno que tenía una armadura voladora.

Todos eran felices excepto un egipcio muy enfado pero demasiado viejo para salir a buscarlos desde su cueva.

FIN